

Mapas

Divido el pelo en cuatro mechones, cruzo los dos centrales y los aparto al medio en dos pares. Entonces empiezo la trenza. El mechón de la derecha pasa al medio por encima del mechón de al lado; el de la izquierda pasa al medio, pero lo hace por abajo del mechón de al lado y por encima del recién cruzado. Voy explicándola a medida que avanzo. Repito los movimientos una y otra vez hasta llegar a las puntas, hasta que queda una trenza chata con una fila de cuadraditos en medio. Ellas me piden que les enseñe otras trenzas, pero tienen que seguir estudiando y yo tengo que ordenar los libros en los estantes.

Suena el timbre de las doce y la biblioteca queda vacía. Termino de guardar los libros, pongo bien las sillas y voy al cuarto de la mapoteca. Despliego los mapas viejos sobre la mesa, miro los lugares, los nombres, las avenidas. Recorro con el dedo las estaciones de tren y las calles, trato de acordarme de algunas esquinas, algunas cuadras o plazas de esa grilla enorme, inexistente. Las calles de la ciudad donde ahora vivo son menos ordenadas y geométricas, parecen un enredo, algo que fue

creciendo de un modo irregular alrededor de catedrales y castillos, como muchas otras ciudades europeas.

Este trabajo me gusta. Me gusta el silencio. Estuve cinco años en silencio hasta que las palabras volvieron, primero en inglés, de a poco, después en castellano, de golpe, en frases y tonos que me traen de vuelta caras y diálogos. A veces tengo que encerrarme acá para hablar sin que me vean, sin que me oigan, tengo que decir frases que había perdido y que ahora reaparecen y me ayudan a cubrir el pastizal, a superponer la luz de mi lengua natal sobre esta luz traducida donde respiro cada día. Y es como volver sin moverme, volver en castellano, entrar de nuevo a casa. Eso no se deshizo, no se perdió; el desierto no me comió la lengua. Ellos están conmigo si los nombro, incluso las Marías que yo fui, las que tuve que ser, que logré ser, que pude ser. Las agrupo en mi sueño donde todo está a salvo todavía.

El silencio de la biblioteca parece estar fuera del tiempo. Acá las cosas no cambian. Sólo el clima, que en los días de lluvia me hace doler la pierna y hace que la renguera se me note un poco más. Las chicas me bautizaron *the Pirate* («la Pirata» o, quizá con más crueldad, «el Pirata»), pero se cuidan de decirlo delante de mí.

Últimamente estoy teniendo un mismo sueño: me pruebo ante el espejo del local el vestido azul que nunca pude comprar. A veces, lo pago con billetes y salgo caminando entre la gente con el vestido puesto; otras veces, no lo pago y salgo corriendo, descalza. A los pocos pasos, descubro que el vestido está todo desgarrado y sucio. Pero siempre tengo la pierna sana en el sueño, y tengo el pelo largo y la ciudad donde nací sigue estando en su lugar.

Suárez & Baitos

Era mi último viaje en tren a Capital. Cuando arrancamos en la estación de Beccar, el aire tibio de verano empezó a entrar por las ventanas rotas. No pude leer el libro de Hawthorne que llevaba en el bolso. Miré pasar las estaciones como si viera todo por última vez: San Isidro, Acassuso, Martínez, los árboles enormes, mi colegio, los jardines abandonados, La Lucila, Olivos, los depósitos, Vicente López, Rivadavia, los playones de los supermercados; después Núñez, Belgrano, los caserones antiguos, Lisandro de la Torre, los caballos vareándose en las pistas laterales del hipódromo, las canchas de tenis, los edificios altos, y la llegada cada vez más lenta hasta Retiro.

En el Bajo podía tomarme un colectivo —eran diez cuadras hasta Suárez & Baitos— pero preferí caminar, a pesar del calor. Subí por Reconquista, por las cuadras llenas de puestos de comida rápida, donde surgieron tiempo después tantos prostíbulos, donde Catalina y yo tuvimos que buscar a Benedicta entre cafishos, enanos y olor a frito. Había poca gente por la calle. Ya estábamos en el segundo día de enero y muchos se habían ido de vacaciones.

Entrar en el aire acondicionado del edificio fue un alivio. Me arreglé frente al espejo del ascensor. Cuando se abrieron las puertas, vi una guirnalda sobre mi monitor. Se habían acordado de mi cumpleaños. También encontré una nota pegada en la pantalla. Yo era la única de las secretarias que tenía todavía una computadora en su escritorio. Aunque ya no funcionara el sistema informático, había que aparentar que seguíamos usando la última tecnología. Cuando entraba un cliente, yo simulaba que tipeaba algo en el teclado. En realidad todo eso estaba muerto hacía varios meses.

Suárez & Baitos era una compañía de inversión fundada por dos economistas de cuarenta años que habían sido muy amigos. Las oficinas estaban en los últimos pisos de la Torre Garay, sobre la calle Reconquista, a unas cuadras de la plaza de Mayo. Lo primero que veían los clientes al salir del ascensor era mi cara detrás del escritorio y eso me obligaba a llegar temprano, estar siempre prolija, discreta y apenas maquillada. Teníamos un tailleur azul de uniforme que me quedaba bien. Los hombres de traje y corbata me miraban y las demás secretarias me tenían algo de envidia. Una vez las escuché decir en voz baja «es puro pelo» y, cuando me vieron, cambiaron de tema. De algunas puedo decir que éramos amigas; a veces íbamos a almorzar juntas a las Galerías Pacífico o a los bares irlandeses de la zona. Pero no pasaba de ahí.

La nota pegada en la pantalla decía «Feliz cumple, Mery. Pasé temprano, te llamo a las once». Era de Alejandro; así me llamaba él: «Mery», y así escribía mi nombre. A veces venía hasta la recepción a dejar paquetes para la compañía, y las chicas pasaban curiosas,

como yendo a otro piso, pero queriendo, en realidad, comprobar que Alejandro fuera mi novio. Les costaba creer que yo saliera con un motoquero que hacía mensajería, cuando podía quizá seducir a alguno de los tantos hombres de corbata que me rondaban. A mí me gustaba que eso las sorprendiera.

Alejandro era tan buen mozo que las chicas se inquietaban cuando subían con él en el ascensor. No era carilindo. Tenía ojos claros y era morocho, con rasgos fuertes. Se parecía un poco al actor Benicio del Toro, parecía un tipo duro, pero era buenísimo, muy callado. Cada tanto me miraba como si estuviera a punto de decirme algo y no decía nada, sonreía y la cara se le transformaba, despejando el gesto huraño, introvertido. La primera vez que me invitó a almorzar me puse violeta, le dije que no podía y traté de ignorarlo como una estúpida. A él también le dio un poco de vergüenza, pero igual otro día se volvió a animar y fuimos a un restorán del Bajo. La mañana de mi cumpleaños ya hacía casi tres meses que salíamos.

A las once me llamó desde un teléfono público; se oían los autos detrás.

—Abrí el primer cajón, te escondí algo.

—¿Qué?

—Abrí el primer cajón de tu escritorio, dale, que se va a cortar y no tengo más monedas.

Adentro encontré una bolsita de terciopelo. La abrí y saqué un anillo de plata con una piedra aguamarina ovalada que habíamos visto el fin de semana en la feria del Parque Centenario. Me lo puse y le agradecí. Me encantaba ese anillo. Lo perdí ese año en los éxodos, cruzando a nado un arroyo.

—¿Pasás hoy? —le pregunté.

—A las seis no puedo, encontrémonos a las siete en el bar de Cerrito y Sarmiento.

Yo me acordé de que él quería ir a la marcha contra la intemperie que se iba a hacer esa tarde en plaza de Mayo.

—¿Vas a ir?

—Sí —me dijo.

Nos quedamos callados un segundo. Él me había querido convencer de que lo acompañara, que no iba a pasar nada; yo lo había querido convencer de que no fuera porque era peligroso; al final, sin decirlo, habíamos llegado a un acuerdo: cada uno dejaba al otro hacer lo que quería.

—Tené cuidado, Ale.

—Sí, nos vemos a las siete. ¿Se mudan mañana? —me preguntó y, cuando le dije que sí, se cortó y no supe si me había oído.

El día pasó un poco más tranquilo que de costumbre. La gente llamaba resignada a que les dijeran que tal o cual asesor no estaba, que seguía de vacaciones; ya no tenían el apuro histérico de antes. Nadie corría con circulares del Banco Central ni por feriados bancarios sorpresivos. La música del juego de la silla se había cortado hacía rato. Sonaba el teléfono, pero no tanto. Yo podía operar con varios llamados a la vez, contestando en castellano o en inglés. Hacía bien mi trabajo, usaba uno de esos *headphones* para atender sin manos. A veces me daban algo para traducir y lo iba haciendo entre llamado y llamado, pero ahora iba más lento porque tenía que usar la máquina de escribir eléctrica, una IBM verde que parecía un tanque. Tuvimos que acostumbrarnos a

escribir, primero a mano, para poder corregir todo el texto y después recién pasarlo, porque si cometías un solo error tenías que empezar todo de nuevo. La única ventaja que les veíamos a esas máquinas era que, al menos, no se colgaban para siempre como las computadoras, llevándose a la tumba de los electrodomésticos toda la memoria de la vida. Como no teníamos más email, hacíamos nosotras mismas el correo interno y así empezamos a vernos otra vez las caras. La gente hablaba más en los pasillos, circulaba, saludaba más. Se notaba que había menos trabajo. Decían que las cosas no estaban bien entre los socios, se rumoreaba muy por lo bajo que Baitos podía llegar a asimilar a Suárez.

A las cuatro llamó papá para decirme que había «disturbios» en el centro, que me volviera temprano. Le dije que iba a ir al cine con Alejandro y que íbamos para el otro lado, que no se preocupara. Me lo imaginé ahí sentado, con el televisor encendido, entre las cajas y los canastos ya embalados para mudarnos al día siguiente. Papá dormía y veía televisión todo el día, se ponía paranoico porque veía todos los noticieros. Habíamos tenido que suspender el cable y, como el televisor grande no sintonizaba bien los canales abiertos, papá había rescatado del altillo un televisor en blanco y negro, chiquito y rojo, que él le había comprado a mamá los últimos días en el hospital. Lo enchufó y logró sintonizar cuatro canales nacionales. Los canales se cambiaban girando una perilla, pero, de todos modos, papá se quedó con el control remoto del otro televisor en la mano. Apretaba los botones como un tic que no se podía sacar de encima. Cuando se acababa la transmisión, se iba a dormir y no se despertaba hasta que se reanudaba al

día siguiente a las once de la mañana. Encaneció así, en pantuflas y rodeado por ese parpadeo de imágenes y ese fondo de voces y cortinas musicales.

Yo no soportaba ni media hora de televisión. Las emisoras no producían cosas nuevas y estaban recurriendo a los archivos de programas grabados, novelas, películas nacionales; los actores rejuvenecieron, los galanes recuperaron el pelo, resucitaron los cómicos, las divas volvieron a ser rubias de veinte sin operar, los boxeadores volvieron a pelear y daban las novelas de mi infancia, *Perla Negra*, *El infiel*, *Más allá del horizonte*. Lo bueno es que papá se reía viendo los programas de su época, los chistes sin malas palabras y las películas de escaleras de mármol y conversaciones donde decían frases como «Usted, Martita, nunca volverá a amarme».

A las cinco me cantaron el feliz cumpleaños en la sala grande. Entre todos me regalaron un bolso verde, de playa, muy lindo. Corté la torta de merengue y chocolate que pedíamos siempre a la misma casa de comidas cada vez que alguien de Suárez & Baitos cumplía años. La comimos medio rápido, parados, con vasitos de Coca. Por el ventanal se veía el estuario que llegaba hasta el horizonte, el puerto con grúas y containers, la dársena norte, los cuatro diques, los demás edificios torre, el pajonal y los camalotes que se habían acumulado en la Costanera Sur y que llamaban la Reserva Ecológica. La altura del piso 25 permitía esa mirada geográfica. Era la vista de los hombres poderosos. Por eso habían puesto las salas de reunión hacia ese lado. No era una linda vista, pero parecía perfecta para hacer negocios. Como si fuera un lugar en otro país, lejos del barro nacional, como visto desde un avión. Era la altu-

ra de la economía global, de las grandes financieras del aire, donde se establecían a la perfección los contactos telefónicos con las antípodas. Como si ahí arriba, en el mejor oxígeno, en la cima del mundo, pudieran tocarse la punta de los dedos con Nueva York, con Tokio. Eran salas no muy grandes, con tres sillas y un escritorio de madera en medio, con separaciones de vidrio y persianas americanas. No se hablaba fuerte ahí. Eran confesionarios bursátiles, cubículos donde se susurraban las operaciones, las transferencias, los fondos, el perdón de los pecados tributarios. El truco del lugar era la altura, lejos del Tercer Mundo, el horizonte lejano, diáfano, donde podía verse, en los días más claros, la orilla de enfrente, la salvación *off shore*, el Uruguay, la ciudad de Colonia del Sacramento.

Un rato antes de salir, pasó Lorena, una de las secretarías, anunciando por todo el piso que podíamos irnos «porque parece que hay quilombo». Siempre que había disturbios en el centro nos dejaban salir más temprano. Alejandro debía de estar ahí metido. Me puse unos jeans para no llamar la atención por la calle. No me quedaban muy bien, no eran mis Levis buenos, sino unos Tex que me había comprado en el Carrefour cerca de casa porque estaban baratos. Los tenía siempre en el cajón de mi escritorio por cualquier urgencia. Traté de escabullirme sin que me vieran, pero justo apareció Baitos y bajó conmigo en el ascensor. Era un ex rugbier economista, que no trataba de caerme simpático. Tenía una oreja medio machucada, era retacón y peludo. Cuando entrabas a su oficina, tenías que tener cuidado

de no recibir un palazo porque estaba distraído, practicando su swing de golf.

—¿Cuántos cumpliste? —me preguntó.

—Veintitrés —le dije y no sé si me oyó, porque le estaba echando una miradita a mis jeans.

—Ojo en el colectivo —dijo—, recién escuché por radio que en Constitución dieron vuelta un colectivo y lo quemaron.

Me sentí tentada de decirle «Voy en moto» para descolarlo, pero, al menos esa tarde, no era cierto. Nos quedamos callados hasta planta baja. Cuando se abrieron las puertas, huimos del silencio incómodo y encaramos apurados los molinetes con la tarjeta de identificación; mi molinete giró y pasé, pero el de Baitos falló y le pegó en seco. Con el rabillo del ojo vi que se doblaba. Saludé a la gente de seguridad y fui hasta la puerta. Él, por fin, logró pasar y fue hacia la cochera donde guardaba su auto que, según decían, era blindado.

Afuera hacía un calor horrible y lento. El sol todavía picaba en los hombros. Me hubiese gustado que Alejandro me pasara a buscar con la moto como otras veces. Yo me subía y arrancábamos y veía nuestra imagen reflejada en los paneles espejados de la Torre Garay. Mi cara apoyada contra su espalda. El pelo volando hacia atrás. Me gustaba ir así. Cerraba los ojos para sentir solamente la aceleración que me sacaba de ese lugar, que me alejaba, una fuerza, un movimiento que se mezclaba con mis ganas de fugarme, de cambiar de aire.

Subí caminando por Sarmiento. La calle estaba alfombrada con volantes. Agarré uno. Decía: «La intemperie que el gobierno no quiere ver». Tenían fotos de una cuadra antes y después de la intemperie. En el antes ha-

bía casas, una al lado de la otra, y en el después se veían sólo los baldíos. Lo tiré por si me agarraban con eso encima. Pasó un tipo en cuero, usando como tambor un tacho de basura de los de plástico. Para el lado de la plaza se oía el latido enorme de los bombos. Como estaba a tres cuadras, no me preocupé mucho, hasta que vi pasar a la montada. Primero oí el repiqueteo de herraduras contra el asfalto y después vi pasar los caballos alazanes al galope. Los policías ya venían amenazando con el látigo. Vi que los otros corrían y corrí hasta la esquina. Pasaban chicos con la cabeza envuelta en una remera, pasaban tipos de corbata con el saco en la mano, eufóricos. Lo de siempre. En cada marcha contra la intemperie pasaba lo mismo. Me apuré hasta Cerrito. Quería encontrarme con Alejandro y nada más. Unos tipos arrastraban carteles de «Hombres trabajando» para hacer una barricada. Otros trataban de romper un vidrio y no podían; los cascotes y los pedazos de baldosas rebotaban, haciendo ondular el reflejo como si fuese agua. Se oían frenazos de autos y después explosiones o tiros. Ahí me empecé a asustar. Pasaron más tipos corriendo, y chicas también. Yo me quedé al lado de unos fotógrafos. Pasó un camión hidrante y nos escondimos en la entrada de un departamento pero nos mojaron igual.

Crucé la 9 de Julio y casi me pisa un auto porque algunos iban a contramano o giraban rápido en «u». Corrí hasta el bar. Afuera estaban los mozos de saco blanco que habían salido a la vereda para mirar. Me conocían de vista, porque nos encontrábamos seguido en ese bar con Alejandro. Uno de ellos agarró un fierro y empezó a decir:

—¡Que vengan, que vengan!

Los otros se rieron. Parecían contentos. Adentro no había nadie. Todavía no eran las siete. Así que me quedé ahí con los mozos, que me miraban de reojo porque yo tenía la musculosa mojada. Vimos pasar a toda velocidad, hacia el lado de la plaza, unos autos con las ventanas abiertas y caños de armas largas que asomaban hacia fuera. Se oían disparos, vidrios, gritos. Me empezaron a picar los ojos y la garganta. Tardé en darme cuenta de que era el gas que ya se estaba esparciendo por todos lados. Les pedí agua a los del bar y me trajeron un vaso, pero no logré sacarme el gusto ácido de la boca y la garganta. Me dijeron que mojara el pañuelo y me tapara para respirar. Eso me mejoró un poco. A media cuadra del bar, un McBurger estaba en llamas. Los mozos bajaron la persiana de metal para evitar problemas. Cuando estaban cerrando la puertita más baja, me invitaron a meterme dentro con ellos; insistieron bastante:

—Dale, rubia.

Preferí quedarme afuera. Pasaron dos chicas, una ayudaba a la otra que tenía sangre en la cara. Alejandro no venía y lo odié por haberme hecho meter ahí. Se oyeron más disparos. Me acurrugué detrás de un árbol, frente a un local. Contra las persianas metálicas golpeaban piedras o pedazos de cosas. Yo pensaba: «No tengo nada que ver, no me puede pasar nada, vengo a encontrarme con mi novio». Hasta que vi pasar una camioneta de la policía con un tipo muerto atrás. Algo me pegó cerca y un vidrio, a mi espalda, se rajó con forma de telaraña. Me vi rota en el reflejo, como hecha pedazos. Me acordé de que no había traído el documen-

to. Entonces escribí en un papelito: «Soy María Valdés Neylan», anoté mi número de documento, la dirección de casa y el teléfono, y me lo guardé en el bolsillo del jean. Tenía miedo de que me mataran y que no supieran quién era.

Hice el gesto de buscar en el bolso mi teléfono celular para llamar a alguien. A veces me olvidaba de que ya no lo tenía, me quedaba el hábito de tenerlo siempre encima. Escuché un ruido, un galope, y pasó a mi lado un caballo de la montada desbocado, sin jinete. Alejandro no venía. No sé cuánto tiempo pasó. Pensé en irme. En buscar un baño. Pero no me podía mover. Me quedé ahí en cuclillas, llorando, y me hice pis. Pensé que a Alejandro le había pasado algo, que lo habían llevado preso o que él había llevado a alguien al hospital. No me podía quedar más ahí. Me fui caminando, con una mezcla de pánico y bronca. Se me debía ver el jean mojado. Quería cambiarme, lavarme la cara, debía tener los ojos hinchados y el maquillaje corrido. Me sentía fea, sucia. Llegué hasta Callao pisando vidrios rotos. Llamé por un teléfono público a lo de Alejandro para ver si estaba ahí, pero no me contestaba nadie. Pasaba gente cargada con fardos de ropa nueva, con estéreos, videos, licuadoras. Los dueños de algunos locales estaban armados detrás de las persianas a rombos. En Lavalle me tomé el 60 del Bajo y a las nueve estaba en casa.

Esa noche tuve un sueño largo, sin nadie; sólo veía cosas que parecían vivas, materiales que cambiaban. Unos charcos en una azotea y la lluvia que caía, todo mojado, el agua filtrándose en la estructura de hormigón